



UN PAR DE PRESENTACIONES DE Kent Johnson

Por Michael Boughn (Toronto)

no para que los fantasmas de Alexandra Papaditsas y aquellos como ella protesten contra aquellos de nosotros que los enterraríamos para nuestra propia gloria. Las últimas palabras escritas de Papaditsas, de marzo de 2002, son en realidad sobre Kent Johnson, el famoso poeta [*the famous American poet*], traductor y provocador estadounidense:

‘Aunque sé que la poesía es mucho más que poesía, sé que estos son poemas que hicimos en otra época, cuando éramos más felices, antes de que el color marrón terrorista lo cubriera todo. Voy a irme ahora. Me voy a ir, como antílopes errantes del Uruguay, donde él vivió cuando niño. Las anotaciones sobre lo desaparecido en las polillas son mías, tras su muerte. Estoy segura que no estaría de acuerdo. Pero que se joda, pese a todo. Jódetelo en la boca a gran velocidad. *Minor lying god*’.

* Publicado en la página de Facebook del autor, el 27 de octubre de 2022.
Traducción de Carmen Abaroa.

Que le pidan a uno que presente a Kent Johnson es un poco como que le pidan que presente a la Esfinge. O al Gran Cañón. Su presencia en los mundos contemporáneos de la poesía, especialmente en América del Norte y del Sur, es enorme y lo ha sido durante mucho tiempo. Es difícil saber por dónde empezar. En parte eso se debe a que es una rareza [*a one*]. Su agudo ojo para la hipocresía y el autoengaño, su deliciosamente subversiva imaginación y su engañosamente fácil manera de hablar lo hacen único en la escena actual. Su solitaria voz satírica se destaca en el desierto de la poesía arribista estadounidense. También resulta ser uno de los mejores poetas de su generación. Este último hecho a veces se pierde en todo el ruido antagónico que suscita su obra. Sí, le gusta empujar al tipo detrás de la cortina, incluso correr la cortina, lo que se sabe que provoca aullidos de falsa protesta y un coro de calumnias predecibles por parte de aquellos que están expuestos. Pero también es maestro en múltiples formas de poesía, muchas de otras culturas, muchas de ellas oscuras y raras en un mercado de la poesía basado en la reproducción interminable de la monotonía. Tampoco evita inventar formas cuando lo necesita. Y su oreja es impecable. Nunca he conocido a un poeta tan atento a la música de su obra, tan a gusto con su funcionamiento. Nunca se sabe lo que Kent va a hacer, pero cuando lo hace, es seguro que te dejará conmovido, aturdido, provocado y, lo más importante desde mi perspectiva, frecuentemente aullando de risa incluso mientras lloras de indignación. Y eso es raro en el mundo actual. Kent puede hacer esto porque es una de las personas más generosas que he conocido y su generosidad se extiende a todos los aspectos de su vida. Aquellos que han tenido el honor (bueno, y a veces, lo admito, la tribulación) de trabajar con él han visto la forma en que constantemente ayuda a poetas jóvenes y mayores. Pero ni siquiera su amada poesía puede contener la generosidad de su espíritu, por lo que entrega comida a los ancianos a través de Meals on Wheels [una organización de ayudas sociales] por las noches, y cuando su iglesia decidió ayudar a Puerto Rico después del huracán, Kent se inscribió y acarreoó bolsas de cemento y

arena para ayudar a la gente a reconstruir sus vidas heridas. Porque ese es el tipo de persona que es. La poesía para Kent es mucho más que palabras en una página. Es un compromiso con un mundo más lejano, un mundo mejor, un mundo al que dedicó su vida para ayudar a construir. Él es lo que solíamos llamar un *Real Deal*.

* Publicado en la revista BlazeVOX [<http://wp.blazevox.org>], el 24.11.22

II

Es notable para mí, dada lo cerca que me siento de Kent Johnson, a quien solo lo conocí durante siete años, desde el momento en que empezamos *Dispatches from the Poetry Wars* hasta su muerte, que, durante ese tiempo, solo nos viéramos una vez. En cierto sentido, es un testimonio de su extraordinaria generosidad, de la forma íntegra en que se entregó al mundo sin dudar. Durante ese tiempo, sin embargo, ambos nos reímos del hecho de que pasábamos más tiempo juntos que con nuestras esposas. Lo cual no siempre estuvo exento de conflictos. Kent, como saben muchos de los que trabajaron con él, no siempre fue la persona más fácil de tratar, especialmente a las 11 de la noche después de unas copas. Pero éramos Fric y Frac. Nunca permitimos que cualquier rigidez que surgiera interfiriera con el trabajo que nos habíamos propuesto. 10 horas al día, 7 días a la semana en el correo electrónico, nada se interponía en el camino de ese trabajo.

La energía de Kent era infatigable. Conducía *Dispatches*. Tenía una inmensa red de poetas y prosistas que había conectado y mantenido a lo largo de los años mientras trabajaba como profesor en un college público en un pequeño pueblo del medio oeste de los Estados Unidos. Ese era el Kent clásico. Sin ostentación, sin sillas elegantes, sin nombramientos prestigiosos, sin autopromoción. Lo único que le importaba era la poesía. Y la justicia, que, para Kent, estaba implícita en la poesía. Era más emersoniano que cualquiera que haya conocido, no en un sentido erudito, aunque era un erudito y muy bueno, sino como una encarnación viva de las intuiciones de Emerson sobre las mejores posibilidades de una América común y corriente. No le importaban los honores ni las recompensas. Eso ofendía su espíritu democrático y su inquebrantable compromiso con la poesía como forma esencial de conocimiento y, por tanto, no a la venta.

Tiene, con razón, una reputación problemática de tábano y satírico implacable. Ciertamente le trajo mucha atención en un mundo de poesía basado en la amabilidad post-Muro, un mundo en el que un programa para el cambio histórico fue reemplazado por el mandato de hacer agradable al capitalismo (controlando los actos de habla) o algo así. No fue fácil para él. Sufrió la situación con mucho temor, dadas las acusaciones de autopromoción en respuesta a sus valientes revelaciones de hipocresía y cobardía moral entre la élite poética. Pero su postura no se refería a una carrera o a la autopromoción. Kent nunca hizo nada por sí mismo (excepto pescar y atrapar callampas). Lo hizo por la poesía, criticando despiadadamente las fuerzas que veía que socavaban la integridad de la poesía, mientras promovía y apoyaba moralmente a otros poetas de todo el mundo que estaban fuera de las redes de poder egoístas del régimen actual.

La poesía lo era todo para él. Lo amaba con la pasión de una mujer que llora, como

Coleridge, por su amante demonio. Su conocimiento de la poesía, histórica y transcultural, era más profundo y más amplio que el de cualquier otro que haya conocido. Podía hacer referencia a poetas chinos del siglo XIV o a poetas franceses del siglo XVIII al mismo tiempo y con la misma familiaridad con la que citaba a Dickinson, Williams, Rukeyser, Ajens o Lorde. Y, mientras tanto, podía escribir una muy buena imitación de sus poemas.

Esa es la otra cosa de Kent que a veces se pierde en las tormentas que provoca su sátira. Fue un maestro de la poesía. Él la entendió y la amó, la escribió y cuidó con todo su corazón. Podía hacer las cosas más asombrosas aparentemente sin esfuerzo, como si simplemente las inhalara y exhalara. Renovó viejas formas e inventó otras nuevas con igual rapidez. La escena actual es en general académica, especialmente en comparación con la *New American Poetry* que Kent valoraba. Esa escena es incapaz de apreciar el cuerpo de la obra de Kent, principalmente debido a su resentimiento (nunca dejó de satirizarlos y nunca lo perdonarán por eso), pero también porque no entienden, realmente no pueden, entenderlo, siendo tan ajeno a sus prácticas egoístas y de autopromoción. Pero nunca he conocido a nadie que conozca y ame la poesía con su inquebrantable pasión e intelecto y sé que el trabajo de Kent prevalecerá. Era de una fuerza asombrosa. Y me dejó sin aliento. Lo extraño todos los días. Y todos los días escucho a muchos otros que sienten lo mismo.

He aquí la última palabra del último libro de Kent, “Poetry Bar Joke 11”, parte de una serie de chistes de bar de poesía, el último género que inventó Kent:

Un poeta entra en un bar y le dice al camarero: tomaré una ginebra con ... // ... tónica.

El camarero sonríe y pregunta: “¿A qué se debe esta gran pausa, muchacho?”

El poeta dice: “Porque soy poeta. Y eso no es una pausa, descerebrado; es una cesura. Ahora dame mi... // ... maldito trago [*Now give me my . . . // . . . fucking drink*].

* Textil leído en The Louisville Conference, en agosto de 2022. Traducción de Carmen Abaroa.